



Año 2 No. 4  
Bucaramanga  
Diciembre de 2000

## El leguaje de la guerra y la política en Colombia

Fernando Estrada Gallego

Magíster en Filosofía, Universidad del Valle.

Candidato a Doctor en filosofía Universidad Nacional de Colombia.

Profesor universitario.

La dimensión del conflicto armado en Colombia ofrece una variedad de problemas cuyos alcances en detalle no siempre son percibidos en toda su magnitud. En parte esto obedece a que su análisis se ha llevado a cabo con la relativa dinámica y precipitación de los acontecimientos inmediatos; cada día en Colombia se ofrece un suceso más estremecedor; a un asalto, le sigue una masacre y a ésta una caravana de desplazados, y así el círculo vicioso se repite, al parecer, indefinidamente<sup>1</sup>. La guerra, entre otros efectos, ha tenido aquí la propiedad de enceguecer a quienes no la padecen y de efectuar su impacto cruel sobre la vida de los seres humanos sin dar tiempo para reaccionar reflexivamente sobre ella.

Uno de los problemas generados por el estado de conflicto está relacionado con el lenguaje y con las distintas representaciones que se desprenden de su uso para interpretar la vida política<sup>2</sup>. La guerra ha fomentado usos inconscientes de palabras, frases, metáforas, proverbios, titulares y expresiones de sentido común<sup>3</sup>. Principalmente, las metáforas han contribuido a crear actitudes y comportamientos colectivos, creando disímiles concepciones de vida política, definiendo espacios de dominio y de poder. Su uso en el conflicto armado ha penetrado la conciencia cotidiana del ciudadano corriente<sup>4</sup>.

El fenómeno de los usos (y abusos) del lenguaje ha proyectado un sistema de conceptos metafóricos, es decir, conceptos que originalmente fueron tomados de otro contexto argumentativo, trasladados a otro ámbito para entender la realidad inmediata<sup>5</sup>. Estos conceptos metafóricos están contenidos en imaginarios simbólicos y verbales que requieren inteligibilidad, en cuanto permiten también un desplazamiento de las estrategias de quienes los usan. Comprender entonces la maquinaria conceptual del lenguaje metafórico es develar las prácticas individuales y colectivas que subyacen en el conflicto armado<sup>6</sup>.

Quizá uno de los efectos más profundos de ignorar la funcionalidad del lenguaje metafórico en la guerra es la confusión que parece reinar en torno a los programas y los principios que defienden los distintos sectores armados. Cuando todos hacen las mismas declaraciones y reclaman defender los mismos principios, algo no anda bien<sup>7</sup>. El presente estudio es una introducción al análisis de la metáfora y sus inmediatas repercusiones en la comprensión de la dinámica del conflicto colombiano.

### Metáforas de la guerra

Desde la afirmación categórica de Lakoff según la cual, "Las metáforas matan"<sup>8</sup>, el desafío de muchos investigadores de la filosofía política ha girado alrededor de las posibilidades que se abren para entender la mecánica de los conflictos en perspectiva metafórica<sup>9</sup>.

Los discursos que invitan a la guerra están entrelazados con sistemas metafóricos. El general Bedoya, ex candidato presidencial, instigando a los campesinos del Sur del Cesar, dijo: "Si ser paramilitar es alzar una fusta, yo también soy paramilitar por la libertad y no nos van a amedrentar desde Palacio Tirofijo ni el mequetrefe de Pastrana", respaldando con estas palabras la protesta contra el despeje para las negociaciones con el ELN.

Refiriéndose a los planes de las Fuerzas Armadas contra las acciones insurgentes, el ministro de Defensa Fernando Ramírez, dice que a las Farc se les debe tratar con "garrote y zanahoria". Los representantes de los gremios califican la guerra en Colombia como "una enfermedad que hay que extirpar". Los secuestros colectivos de la población civil son denominados corrientemente por los grupos insurgentes como "pescas milagrosas". El presidente Chávez, de Venezuela, afirmó recientemente en alusión al peligro regional de la guerra en Colombia que: "Venezuela tiene un Vietnam en sus narices".

Resulta entonces extraordinariamente atractivo entender qué papel cumple el pensamiento metafórico en la construcción de los imaginarios colectivos e individuales del conflicto colombiano. El lenguaje metafórico no se debe juzgar en este caso como "bueno" o "malo"; resulta trivial esta caracterización para el propósito de estudiar el fenómeno que acompaña a su discurso. Podemos sí comprender parcialmente cómo funciona la metáfora en una determinada situación.

Se trata de dos componentes básicos: el primero es un juego articulado de palabras relacionadas con el mundo mediante una estructuración sistemática; este fenómeno influye nuestra forma de pensar<sup>10</sup>. Se puede ilustrar esto indicando que los llamados de los actores del conflicto a la guerra pueden verse desde los criterios de costo-beneficio; la guerra está justificada cuando los costos de involucrarse en ella son menores. Otra forma de metaforizar el conflicto armado es contrastarlo con el juego; desde esta dirección, la retórica puede subrepticamente ocultar los efectos más duros de la guerra, a saber: las muertes, las carnicerías (sic), los daños físicos, los daños psicológicos, y las condiciones de desolación que quedan con el impacto de las acciones violentas<sup>11</sup>.

Por esto es importante aprender a distinguir lo que es metafórico de aquello que no lo es. El dolor, el desplazamiento forzado, la muerte, las viudas, los huérfanos y la desolación de miles de familias no son metafóricos. Estos son fenómenos reales de aflicción y de duelo ocasionados por la guerra, fenómenos que se perciben en la vida pública y en el comportamiento privado de cada persona, en la economía nacional, en la autoestima, en el quehacer cotidiano<sup>12</sup>.

### **La guerra como economía política**

Los distintos actores del conflicto armado, FM (Fuerzas Armadas), Farc-EP (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia), ELN (Ejército de Liberación Nacional), AUC (Autodefensas Unidas de Colombia) con frecuencia recurren a utilizar la metáfora analítica de costo-beneficio para interpretar la lógica que subyace en sus estrategias. Esta metáfora, también empleada por varios analistas de la guerra en Colombia<sup>13</sup>, está tomada en préstamo de la obra de Karl Von Clausewitz<sup>14</sup>: *On War*. "La guerra, dice el pensador, es la política llevada a cabo por otros medios"<sup>15</sup>. Cada Estado-Nación tiene objetivos políticos, y la guerra puede ser útil con este propósito: "Las ganancias se pueden compensar con costos aceptables". Cuando los costos de la guerra excedan las ventajas políticas ésta debe culminar. En este enfoque de la guerra se encuentra implícita una poderosa metáfora: la guerra es rentable porque la política es rentable; aquí la orientación eficaz de la política se ve semejante al manejo eficiente de un bien comercial. Como un negocio bien manejado, en la guerra los protagonistas deben saber medir con cálculo los costos de inversión y las rentabilidades. Esta metáfora que caracteriza la política desde la metáfora de Clausewitz, convierte la guerra en objeto analítico de costo-

beneficio: se definen como rentables los “beneficios” de mantener la guerra siempre que el balance de sus costos no arroje pérdidas. Un titular con despliegue en el periódico El Tiempo destaca la declaración de los gremios: “El negocio de la paz”. Algunos analistas han insistido suficientemente en la idea de que la guerra se va a intensificar mucho más, dejando mayor pobreza, menos desarrollo y mayor incremento de la maquinaria militar. Este enfoque saca provecho de la metáfora de Clausewitz, aunque su descripción parece literal. Por su parte, Times y Washington Post, dos prestigiosos periódicos norteamericanos, han expuesto posiciones contradictorias con respecto a la ayuda prometida de los EEUU para el denominado Plan Colombia: “¿Debe EEUU intervenir directamente en el conflicto colombiano? ¿La ayuda económica para la lucha antinarcóticos tendrá efectos sobre la escalada paramilitar contra la población civil?” El debate sobre esta ayuda no tendría interés si no estuviese acompañado por los resortes estratégicos y argumentativos de la metáfora de Clausewitz, con ella se ilustra mejor el trasfondo de intereses económicos y políticos de la guerra, los principios de costo-beneficio. Lo mismo se puede afirmar sobre las intervenciones de Madeleine Albright, Secretaria de Estado, y del Zar antidrogas Barry McCaffrey en la Cámara Baja del Congreso de los EEUU.

La metáfora de Clausewitz proporciona los ingredientes argumentativos necesarios para justificar la política de intervención norteamericana en la guerra que se libra en Colombia. Consciente, e inconscientemente, los recursos retóricos empleados van dejando aforismos, preceptos, clichés, lugares comunes de opinión, tópicos, juegos de palabras con las que se representa la guerra. Debe preguntarse: ¿Qué es lo que realmente se diferencia con la metáfora de Clausewitz? ¿Dice la metáfora la realidad de la guerra en sentido figurativo? ¿Qué nos queda de la guerra sin la metáfora de Clausewitz? ¿Cómo se da el detalle de desplazamiento metafórico entre el foro y el tema cuando la guerra es concebida en función de costo-beneficio? ¿Por qué parece tan natural a los analistas entender la guerra en estos términos?. Y, más importante aún, ¿qué aspectos oculta el uso metafórico de la guerra? ¿Cómo la metáfora limita los efectos empíricos desgarradores de la guerra?

Para contestar a estas inquietudes, la mirada debe retornar hacia los diversos usos cotidianos de la metáfora, hacia la sistematización de argumentos que con ella se permiten. El tema es sugestivo porque comprende un trabajo empírico de hallazgo de las huellas que deja la guerra en el lenguaje verbal y no verbal de una mayoría de la población; no es fácil, pero se debe responder a la tarea de apreciar cómo se constituyen las mentalidades de la guerra. También importa, ¡cómo no!, el descubrimiento del proyecto político que defienden los actores del conflicto, qué tipo de ideología comporta este discurso, qué idea de nación (o nacionalidades) de desarrollo, de cambio, se encuentra en los recursos metafóricos empleados. Este ensayo propone entonces una primera mirada sobre el estudio sistemático de las metáforas del conflicto armado, una suerte de cartografía del lenguaje de la guerra.

Provisionalmente, la tarea se cumplirá en dos estadios. El primer estadio contiene una exposición sobre los sistemas metafóricos centrales usados en las declaraciones, comunicados y documentos que los protagonistas del conflicto expiden: se tiene en cuenta la percepción de los analistas nacionales e internacionales, también divulgaciones menos sofisticadas en periódicos regionales. La segunda parte discute cómo el sistema metafórico se aplica a casos específicos de conflictos regionales, es decir, a contextos determinados por fenómenos de acción política y militar de tipo local.

### **Metáfora del Estado como persona**

La concepción del Estado como persona surge propiamente en la filosofía política de Thomas Hobbes<sup>16</sup>. En *Leviatán* presenta, aunque de modo incoherente, el poder simbólico de la metáfora contribuyendo a definir la imagen que representa el poder político supremo. El Estado es

identificado con un hombre artificial, “de mayor estatura y fuerza que el natural, para cuya protección y defensa fue concebido”. El globo terráqueo es su casa y, como el hombre corriente, padece salud y enfermedad, interés y altruismo; así, el Estado como persona emplea su razón (las leyes) y su voluntad (la fuerza) para llevar a cabo sus propósitos.

La soberanía actúa como alma artificial, como algo que da vida y movimiento a todo el cuerpo: los magistrados y otros oficiales de la judicatura y del ejecutivo son articulaciones artificiales; el Estado, semejante a la persona, recompensa y castiga. El Estado, al promover el bienestar, promueve la riqueza, la tranquilidad y la paz de los individuos. Una amenaza grave a la economía significa una amenaza de muerte.

Debe destacarse que la metáfora hobbesiana ha generado un sinnúmero de valiosas interpretaciones sobre las teorías neo-contractualistas, especialmente durante el desarrollo de la teoría contemporánea del Estado y su relación con los procesos de crisis de la democracia en Occidente<sup>17</sup>.

Desde Hobbes ha sido frecuente identificar la fuerza del Estado con su poder y, a su vez, concebir el Estado-Persona en función de un desarrollo histórico que propende artificialmente a la mecanización de los procesos de gobierno. El Estado alcanza sus mayores niveles de desarrollo en la medida en que la máquina productiva logra reproducir seres capaces de servirse de su razón técnica. Puede percibirse desde esta perspectiva el impacto moderno de la metáfora cuando contribuye a desplazar distintos modos de apropiación del poder, que se expresan en una rigurosa mentalidad de mayor producción, mayor progreso y mayor adultez del hombre.

#### **Maximalismo racional de la guerra**

Coexiste con la “implementación” de la metáfora una estrategia racional de mayor utilidad y ventaja: así como el interés de cada persona es conservar su salud y fortalecerse, el Estado racionaliza la extensión de su poder, calcula, mide, compara su capacidad militar, efectúa la imposición de su poder, aún apelando a la violencia para conseguir sus fines<sup>18</sup>. La guerra, como resultado de la voluntad de poder, sólo puede estar limitada de tres maneras: por un equilibrio de poder en el que ninguno de los violentos puede tener ventaja sobre los demás, por el uso de medios persuasivos impuestos por parte de quien tenga mayor fuerza que los demás, o por la imposición de sistemas de control militar capaz de garantizar el castigo para los infractores. La fuerza militar debe actuar en bien de la comunidad pero con el poder de sancionar a los violentos.

Con la metáfora del poder político se ha configurado también la idea de un máximo interés en las ventajas competitivas de cada individuo. La moral es, además, rentable en cuanto permite un equilibrio relativo de las fuerzas que cada uno puede imponer por su parte. El delincuente incurre en una deuda social que debe pagar cada vez que comete una falta. La sociedad diseña para esto mecanismos que regulan el equilibrio necesario; se trata de normas que premian y castigan<sup>19</sup>.

Es frecuente interpretar la guerra en Colombia en función de la extensión y el dominio territorial que pretenden poseer los protagonistas; las metáforas empleadas con este propósito se refieren a una lucha, cuerpo a cuerpo. Así, por ejemplo, Carlos Castaño, jefe de los grupos paramilitares, en las operaciones para ocupar una extensa zona del norte del país ha dicho reiteradamente: “No descansaré hasta no colocar una hamaca en la serranía de San Lucas”<sup>20</sup>.

En la retórica de los violentos encontramos un recurrente interés por mostrarse ante la opinión pública como defensores del interés común;

cada grupo se adjudica el derecho de imponer su propia ley. El caso más reciente que se conoce es la denominada "constitución" de las FARC en el sur del país; en este documento disciplinario encontramos variadas metáforas cuya raíz es la idea de la guerra justa. Una guerra justa se debe entender ante todo como una forma de conflicto beligerante con el propósito de establecer la justificación moral del acto violento; es decir, se requiere la mascarada que disfraze aquello que resulta moralmente condenable; por esto, la retórica de la guerra justa, el discurso general con el cual los muertos parecen doler menos. En estos casos, que son una mayoría, las personas son reemplazadas por las grandes causas: "El Estado", "Los narcobandoleros", "Los raspachines", "Los soplones". Como resultado tenemos un incremento inusitado de los eufemismos y un diccionario alterno de frases y expresiones que conforman los discursos del conflicto.

### **El mito de la guerra justa**

Las campañas de propaganda de la guerra contienen un surtido completo de aforismos, refranes, dichos, tópicos y expresiones, que son empleados por los violentos de acuerdo con cada ocasión: "Vacuna", "Impuesto revolucionario", "Narcoterrorista", "prisioneros de guerra", "El cartel de las Farc", "Chulo", "Dar de baja". Con el abuso de estos términos las víctimas y los violentos se confunden, lo que da como resultado una distorsión permanente que oculta regularmente a los responsables<sup>22</sup>. La representación de los acontecimientos en los medios informativos ofrece al auditorio cuadros dramáticos de cuerpos torturados, cadáveres irreconocibles, mutilados, niños y mujeres que lloran, víctimas inocentes. Y en la escena los violentos generalmente se cuidan de dejar sus huellas pintadas sobre las paredes de los ranchos campesinos: "Fuera los perros de las Farc", "Llegamos a Pamplona", "Sapos", "Adiós paramilitares". La retórica tiene una finalidad, mantener la idea de un equilibrio de poder, no ceder, causar temor, por otra parte, crear un desequilibrio moral del enemigo.

El filósofo norteamericano Michael Balzer<sup>23</sup> ha llamado la atención sobre el efecto perturbador que tiene un conflicto sobre la capacidad moral para discriminar distintivamente entre los combatientes y los no combatientes. Balzer ha reclamado que la falta de identificación no le da derecho a los violentos para actuar contra personas indefensas, es una obligación de los combatientes guardarse de actuar intencionadamente contra la población civil. No obstante, en condiciones irregulares de conflicto como las que se tienen en Colombia, la denominación metafórica de una "guerra ambigua" da cabida a la disolución de las distinciones normativas del DIH (Derecho Internacional Humanitario). La población civil es convertida en una causal necesaria para incrementar las acciones violentas.

El criterio metafórico recurrente en la mayoría de los casos se oculta bajo el término "colaboradores". "Colaboradores" de la guerrilla, para matanzas perpetradas por los grupos paramilitares; "colaboradores" de los paramilitares cuando las matanzas las cometen los grupos guerrilleros. Pero los "colaboradores" en muchos casos son gente indefensa. El mito de la guerra justa se construye con materiales retóricos endebles, pero efectivos. La asimetría que determina una participación en desiguales condiciones dentro de un conflicto, por lo regular, es planeada por el enemigo con mayor poder de intimidación, su mayor poder militar suele acompañarse de la justificación moral de sus actos. Las palabras para justificar una guerra usualmente hacen parte del vocabulario moral; el enemigo es presentado como un demonio; la encarnación del mal, un "desertor". Cuando en la guerra no se consigue destruir directamente al enemigo, el camino a seguir es su descrédito. En el caso colombiano, cada uno de los actores pasa a escena defendiendo al campesino, al obrero, a los necesitados, pero con la guerra cada uno de estos grupos ataca al campesino, al obrero y a los necesitados.

### **Símbolos y metáforas para-estatales**

Con los recursos metafóricos se “implementan”, además, los símbolos y las figuras del lenguaje guerrero<sup>24</sup>. La idea del Estado como persona nos recuerda las funciones de la metonimia. El gobernante simboliza el Estado o, en su lugar, cuando el poder imperante es un grupo en armas, el Estado está representado por dicho grupo, así no esté legítimamente reconocido<sup>25</sup>. En Colombia es costumbre identificar las regiones del conflicto armado con aquellos grupos que tengan dominio militar; así se describe la llegada de los paramilitares a la Gabarra, Norte de Santander:

El viernes 21 de mayo el comandante “Camilo” llegó como un emisario de muerte a Socuavó Norte, una ardiente localidad de la zona de La Gabarra en Norte de Santander. Allí se levantó con sus hombres un retén y, lista en mano, asesinó sin fórmula de juicio a José Rafael Ortiz, Alfredo Muralla y cuatro campesinos más. Que quede muy claro: las autodefensas ya están aquí y van a barrer con todos aquellos que apoyan a los bandoleros del ELN, dijo el hombre en tono de arenga, a los aterrados testigos. Cuando dos miembros de la Junta de Acción Comunal quisieron explicar que los muertos eran ajenos a la guerra, fueron acallados con ráfagas al aire<sup>26</sup>.

Se encuentran en la descripción casi todos los ingredientes comunes de las masacres en distintas regiones del país. Primero, la ausencia de autoridad estatal y el abandono hobbesiano, selvático, de los individuos y las comunidades. El poder reconocido es únicamente el de la fuerza. Y la descripción es trágica desde su inicio, las analogías, tomadas aparentemente de un teatro del absurdo, destacan a “Camilo” como “emisario de la muerte”. La acción obedece, además, a un cálculo premeditado: “Lista en mano”. Esta imagen de las cuentas por ajustar ofrece patentemente el tipo de justicia que adelantan los grupos paramilitares, y corresponde a lo que Gutiérrez Sanín acertadamente ha denominado: apropiación leguleya de la socio técnica jurídica<sup>27</sup>, que en el relato queda condensada con un sutil eufemismo: “Asesinó sin fórmula de juicio”. Pero, acaso la pirámide de estos acontecimientos sombríos llega a su punto culminante con la fuerza descriptiva de las metáforas: “Las autodefensas ya están aquí y van a barrer con todos aquellos que apoyan a los bandoleros del ELN”. En otro pasaje del relato el Comandante Paramilitar dice: “Donde llegan las autodefensas la tierra tiembla”. Los juegos macabros del lenguaje con el que se justifican estos actos permite advertir la creación colectiva del temor impuesto por una autoridad para-estatal que se atribuye a sí misma, como en una película norteamericana, la prerrogativa de decir quienes son los buenos y quienes son los malos. Los héroes de la guerra son los Rambos multiplicados en extensos territorios que controlan a su antojo.

### **Metáforas de los analistas**

Los analistas especializados, columnistas de opinión, politólogos, sociólogos, antropólogos y demás interesados en el problema colombiano, contribuyen a estructurar estos lenguajes del conflicto. Se trata de aproximaciones no siempre descriptivas; algunas, expresamente normativas, tienen la finalidad de producir cambios en la “mentalidad” de los actores armados. En otros casos menos frecuentes, pero fundamentales, el análisis tiene el propósito de comprender las estrategias racionales que entran en juego, los cálculos de oportunidad, las medidas y alcances de una acción, de una declaración. Esta última perspectiva concibe la guerra desde un espectro de factores que, aunque eventualmente contingentes, tienen cierta “lógica” no visible, no connotada por el común de las personas.

Y claro, el repertorio de metáforas predilecto de estos analistas son las del agente racional, o para emplear un vocablo también usual, metáforas de la racionalidad instrumental. Formados en Seguridad y Defensa, algunos se inclinan reiteradamente a usufructuar las lecciones clásicas de la obra de Carl Von Clausewitz: On War.

Veamos para ilustrarlo el siguiente pasaje:

“Tregua belicosa la de las Farc. Precedida por una ofensiva devastadora e implacable, su tregua es más la continuación de la guerra por otros medios, que el síntoma de apaciguamiento que está lejos de ocurrir en este grupo guerrillero. Es más una maniobra de distracción, ubicada en el terreno de la guerra psicológica, que una real muestra de “buena voluntad” relacionada con el proceso de paz. Más una calculada maniobra política y militar, que un gesto de paz. Por ello, no hay nada que agradecer ni celebrar en esta tregua precaria y breve, cuyo alto costo hemos pagado por adelantado los colombianos<sup>28</sup> .”

Para el lector, el conjunto del texto presenta claves significativas de la tregua declarada por las Farc; con la tregua lo que se persigue es otro propósito. Por contraste, mientras las jugadas del gobierno son intuitivas y erráticas, el grupo insurgente calcula su maniobra. La lógica corresponde aquí a la visión instrumental de la guerra como extensión de la política, magistralmente ya planteada por Clausewitz. Esta visión lógica de las dinámicas del conflicto pretende, en algún sentido, prever las consecuencias inmediatas de los acontecimientos que tienen lugar<sup>29</sup> . Se puede apreciar también cómo estas medidas cuantitativas del cálculo político del conflicto armado son evaluadas por el analista en cuanto a “altos costos” para la sociedad en general. La presunción es que los principales causantes de la guerra actúan como egoístas racionales<sup>30</sup> , maximizando su interés. A la vez que se desarrollan tácticas retóricas de desprestigio contra el enemigo, se le hace ver ante la opinión pública como “demoníaco”, “irracional”, “inclemente”, “salvaje”.

En perspectiva, la metáfora de Clausewitz se convierte en una herramienta de análisis relativamente apropiada para el estudio de las estrategias desarrolladas por los actores armados. En parte, porque la dinámica del conflicto es visualizada desde una teoría de alcance sistemático: la guerra es la política, seguida por otros medios. Así, desde que la política sea comprendida bajo el presupuesto de un mercado de oferta y demanda, la guerra se transforma en un objetivo para aumentar al máximo las ganancias políticas y minimizar las pérdidas. En condiciones empíricas que respondan al análisis Clausewitziano, la guerra está justificada cuando las ganancias superan a las pérdidas. Este es el caso del conflicto armado colombiano en las actuales circunstancias, los distintos actores del conflicto usufructúan las ventajas de mantener el uso de la fuerza porque mantienen una economía lo suficientemente rentable, amén de las ventajas logísticas desde el punto de vista armado. La lectura humanitaria del conflicto colombiano que busca “implementar” valores morales, está relativamente marginada, excepto cuando (como se puede corroborar) las denuncias de la opinión nacional e internacional dejan unos costos políticos irreparables o, por el contrario, cuando sumarse a las demandas morales cuenta como ganancia estratégica<sup>31</sup> . La metáfora de Clausewitz sólo justifica la guerra en el terreno pragmático, no así en el campo de la moral. De ahí que sea un recurso analítico tan empleado por algunos orientadores de opinión. La guerra obedece a unos patrones de comportamiento individual y colectivo que se traducen en un extenso vocabulario económico de costos y beneficios políticos.

Las claves para entender las masacres, los asaltos, las tácticas y estrategias, los secuestros, la extorsión, el chantaje, las amenazas, los desplazamientos de la población civil, la expropiación por vía de la fuerza, se encuentran en la aplicación intuitiva de métodos matemáticos, teoría de la probabilidad, teoría de la decisión racional y la teoría del valor, todo ello con el fin de proyectar una visión política de las causas que justifican las formas de lucha. La metáfora de Clausewitz es asumida como literalmente eficaz para interpretar la mecánica interna del conflicto.

### Conclusión

Lo anterior puede ayudarnos a entender sintéticamente en qué consiste propiamente la aplicación de la metáfora. Primero, el Estado es identificado funcionalmente con una persona. Segundo, se transforman los caracteres cualitativos de los seres humanos en función de los costos y las ganancias cuantificables, esto es, se aprecia la guerra como una extensión de la política, propiamente en función de los factores de la economía política. Tercero, se acepta el presupuesto de la guerra como resultado de la racionalidad instrumental. Cuarto, se interpreta el conflicto armado desde sus ventajas económico políticas.